

LA VIDA DE LOS HÉROES*

Mario Briceño-Iragorry

Mi buena y generosa amiga: ¡Magnifico regalo el de su carta! La esperaba de largos días. ¡Cómo me complace saber que usted vuelve a sentirse niña a medida que su espíritu se hunde en la ancha sábana guariqueña! Me explico sus deseos de correr, también los siento yo cuando imaginativamente viajo por esas anchuras desde la reducida sala de mis libros. Porque se viaja dentro de los cuartos. ¡Y mire que se va lejos!

Vuelve usted a decirme que considera inútil el símbolo de Ledesma en una hora que reclama acción e insiste en creer que muchos tomarán mi intento sólo como simple afán de historias. Sin embargo, y a manera de consuelo para mi fracaso en el propósito de servir a la urgente gravedad de la hora nacional, me dice que apenas la literatura me agradecerá el aporte de un símbolo más. ¿Y qué otra cosa quisiera yo mi amiga? No se trataría tampoco de crear un símbolo nuevo sino de despolvar un símbolo olvidado, un valor nuestro que se quedó a la zaga en un recodo de la leyenda y al cual, si es cierto que volvieron algunos escritores, no se ha dado hasta el presente el precio que reclama en nuestra simbología patriótica.

No podría, de otra parte pretenderse más. Ni imaginará usted que me anime la idea de ver salir a nuestra pobre y explotada gente, sobre caballos cansados, a luchar contra los mercaderes de todo orden que hacen cada día más difícil nuestra vida. Así merezcan ellos que se les quiebre un cuento de varas en la espalda, no es tal lo que se busca con Ledesma. Nada de materialidad. Esas varas, en todo caso, quien pudiera quebrarlas sería la autoridad encargada de la guarda del orden social. Se busca sólo de alentar una idea de fe, un sentido de noble desprendimiento, una conciencia capaz de vencer el miedo de las actitudes solidarias. Sobre todo, un propósito de ir a la verdad. Un sentimiento de deber y responsabilidad ciudadana. Puede decirse que el mito de Ledesma incorporaría a nuestro ideario común gran porción de las virtudes que nos faltan.

Todo lo que vive en el Quijote lo tenemos a mano en este buen Alonso nuestro. Sin el ámbito del Manchego, el de acá tiene el mérito de haber realizado lo que el otro soñó. Mire usted la diferencia que hay entre ir en alas de la fantasía contra molinos de viento y habérselas, solo y ya sin fuerzas para la lucha, con ingleses que no volvían grupas a los gritos de «¡Santiago, y a ellos ¡» con que el anciano

*Briceño-Iragorry, Mario (2006). *El caballo de Ledesma*. Fondo Editorial “Arturo Cardozo”. Trujillo, Venezuela. Págs. 35-41

procuraba entonar sus lentos pulsos. ¡Quijote y de carne y hueso! Antes de aparecer escrita la historia memorable de Quijano el Bueno, nuestro héroe conocía las andanzas por tierras castellanas de aquel su deudo mayor, cuyo nombre y cuyo espíritu trajo a nuestra Patria para fundar larga estirpe de caballeros libres. Medite en nuestro símbolo y verá cómo con incorporarlo a nuestra literatura patriótica tendríamos una fuente de edificación moral y cívica. Pero crea usted que de su carta, sobre el interés que toda ella merece, en especial el vivo cuadro que me pinta del rodeo a que madrugara con sus buenos huéspedes, nada me ha interesado tanto como la posdata. Ciertamente que casi siempre se reserva lo mejor para lo último y en materia epistolar se recalca lo de mayor interés después de bien calzada la firma. Quizá de su parte no haya habido segundas intenciones, mas la noticia de su festinado regreso a fin de tomarse el tiempo requerido para el arreglo de un traje negro con que asistir a los funerales de Bolívar, me trae al cálamo pensamientos que prosiguen nuestras viejas conversaciones sobre el Padre de la Patria.

No haga usted eso de vestir negros ropajes en la hora de la apoteosis de Bolívar. Eso estuvo bien que lo hicieran Doña María Antonia y sus deudos cuando el año 31 asistían a las misas por el alma del pariente difunto. Para nosotros Bolívar no figura en la lista de «los fieles difuntos». Bolívar no es un difunto. Bolívar es el héroe permanente y ubicuo. Relea usted aquel concepto de Romaín Rolland en su obra crítica sobre Beethoven, donde se refiere al *Adagio assai* de la Tercera Sinfonía. El héroe ha muerto después de la coda del Primer Movimiento, «pero en realidad, dice el maestro, nunca estuvo más vivo que ahora. Su espíritu ciérnese sobre el féretro que la humanidad lleva a hombros». Lo mismo sucede con Bolívar. Él está vivo, y si muchos lo miran como muerto, debemos luchar tenazmente contra tal idea. Bolívar murió para aquéllos que quisieron hacerse sus albaceas. Y ha sido durante los largos cien años de nuestra historia republicana, un

muerto cuya fama sirvió para dar lustre a todas nuestras deficiencias. Hemos vivido de la gloria de un gran muerto. De un muerto a medio enterrar que, pese a su grandeza, ha despedido un hálito fúnebre en nuestro propio ambiente cívico. Bolívar debe vivir para que no sea un fardo atarácico sobre la voluntad venezolana. Y ha de vivir en actos nuevos. En gestos de creación. Yo no creo que podamos cerrar con siete llaves, como se pidió para el Cid, el sepulcro de Bolívar. Por lo contrario, creo que no debemos convenir en la segunda muerte de Bolívar. En esa muerte a que ha sido condenado definitivamente por quienes lucran con la evocación de su memoria, a menudo aplicada a cosas que contrarían sus ideales de Libertador. Ni menos aún debemos aceptar que su obra pueda ser sometida a una exégesis calvinista que detenga la parábola de su pensamiento multiforme y dialéctico.

Nuestra Patria ha venido viviendo de la gloria de sus muertos. Hemos sido un país de necrófagos. Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado. Se les evocó con pinturas de subida ponderación como para embriagar las mentes retardadas. Se ha invertido el propio sentido de la Patria y lejos de ver en ella un panorama de presente y de futuro se ha vuelto siempre la vista hacia atrás para buscarla en el pasado. En la escuela se sustituyó la cultura de las virtudes ciudadanas por la permanencia de un rito fúnebre. Y los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos. Se sembraron estatuas a Bolívar a lo largo de los caminos de la Patria, mientras los hombres llamados a ser libres, unos soportaban el peso de los grillos y otros mantenían sobre los labios las duras consignas del silencio. Y muchos hasta llegaron a creer en la posibilidad de fabricarse un «familiar» con reliquias del Padre de la Patria.

Para animar nuestra vida social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de

ahora a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nuestras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentirnos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.

Debemos ver a Bolívar no como a difunto sino como al héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana.

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la Historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consista sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros Padres, sin pensar que los mayores contornos de esa gloria sirven a hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento.

Necesitamos a nuestros antepasados en función viva. No en función de difuntos. Necesitamos su ejemplo permanente y no su fama. La fama de Bolívar muerto. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar son cosa muerta. Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas, la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos al Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los

caminos que él abrió. Porque no debemos olvidarlo: volvieron las cenizas del héroe, más quedó vigente por muchos años el decreto que lo había expulsado de nuestra Patria. Ausente ha estado su espíritu y sobre los hombros de nuestro pueblo ha gravitado sólo un féretro vacío. Una sombra apenas que ha servido de ropaje para cubrir nuestra deficiencia cívica.

Vista usted de verde, mi buena amiga, para la apoteosis de Bolívar. Tome usted el color de la primavera. El color de la alegría que respiran los vencedores de la muerte. Crea usted que en Santa Marta no murió el Padre de la Patria. Moriría Simón Bolívar Palacios, el hermano de Juan Vicente y de María Antonia. El otro tuvo su tránsito hacia la gloria de los tiempos, donde no hay muertos, donde viven los héroes. Y de verde debe vestir también nuestra Patria, llena del espíritu helénico de la libertad, que hace posible el retorno de los héroes antiguos.

Al regresar usted tendré ya listos los apuntes sobre historia colonial que me demanda para satisfacer la curiosidad de su amiga anticuaria. Mas, adelante usted a ella que no crea a pie juntillas en la fraseología de esos señores. El barroco es cosa muy seria. Para entenderlo se requiere algo más que retablos y pilares. Hay que sentirlo al través de las propias instituciones sociales de la colonia y de los residuos de cultura viva que obran en nosotros, sin que esto empiece para que se pondere el mérito de quienes procuran defender los restos artísticos que lograron salvarse de los negociantes sin conciencia nacional.

Llegue usted en breve y me dará, junto con el placer de saludarla, el muy singular de escuchar de sus labios el relato de esa vida salvaje y tónica que se abulta en su carta, tan bien escrita y tan exquisitamente sentida. Y crea que pido al Señor quiera mantenerla en su guarda y darme a mi salud para estar siempre presto a bien servirla.